

Como Aquiles en las ondas  
Del maravilloso río.

Realiza un hecho brillante,  
Practica una hermosa acción,  
Y oirás un eco triunfante  
Dentro de tu corazón.

En las horas angustiosas  
Piensa en tu madre querida:  
La cruz ornada de rosas,  
Es simbolo de la vida.

Sé con el pobre, indulgente;  
Huye del amigo infiel,  
Y venera toda frente  
Coronada de laurel.—

¡Mi padre, el corazón noble  
Que me educó de tal suerte,  
Cayó, como herido roble,  
Al hachazo de la muerte!

Y aquella niña tan buena,  
Más tarde mi tierna esposa,  
Como tronchada azucena  
Rodó á la insondable fosca!

Sus almas resplandecientes,  
Destacándose en el coro  
De las estrellas lucientes,  
Miro al través de mi lloro...

Luego, envuelta en esplendor,  
La Musa eleva su canto,  
Y con maternal amor  
Enjuga mi triste llanto.

DON M. R. BLANCO-BELMONTE

DE LA ALDEA AL CAMPAMENTO

Á D. Ramón Arizcun.

¡Hijo del corazón! Llorando escribo,  
Y el llanto borra mis temblones trazos.  
¡Dios quiera que esta carta te halle vivo!  
¡Dios te vuelva con bien hasta mis brazos!

Seis meses hace que la infausta suerte  
Robó contigo de mi hogar la calma;  
Tú, desde entonces, luchas con la muerte,  
Yo, sin luchas, ¡la llevo ya en el alma!

Seis meses hace que el clarín sonoro  
Te conduce á la bárbara pelea;  
Seis meses hace que agonizo y lloro  
Sola, muy sola, en la ignorada aldea.

Un siglo de dolor es cada día;  
Cuántos han transcurrido y... ¡aún no vienes!  
¡Para contar mis horas de agonía  
Hay que contar las canas en mis sienes!

Cuando al tenue fulgor de los luceros  
Abandona tu padre los trigales,

Más que al hombro los rústicos aperos,  
Al alma pesan angustiosos males.  
¡Qué sola está sin ti nuestra casita!  
Á tierra vino la frondosa parra,  
El valiente lebrél triste dormita,  
Y de polvo cubrióse tu guitarra.  
Hogaño los almendros no dan flores,  
Y con las lluvias desbordóse el río;  
Así, con los pesares y dolores,  
En llanto se desborda el pecho mío.  
Por ti maldigo la sañuda guerra,  
Por tí doblo en el templo las rodillas;  
¡Más surcos que las rejas en la tierra  
Ha grabado tu ausencia en mis mejillas!  
En vano nuestro párroco procura  
Mitigar el dolor que á mi alma hiere:  
Es inútil empeño; ¡el señor cura  
No sabe lo que á un hijo se le quiere!  
Ya conmigo no rezas el rosario,  
Tu sitio en nuestra mesa está desierto,  
Y semeja tu cuarto solitario  
La triste jaula de jilguero muerto.  
Mi labio vacilante desvaría;  
El dolor mi cerebro ha trastornado;  
Yo ya no pido el pan de cada día,  
Que pido... ¡un beso de mi Juan amado!  
¡Una cruz has ganado en el combate  
Luchando con denuedo y firme brío?...  
¡Para cruz dolorosa, la que abate  
Las frentes de tus padres, hijo mío!  
Me dices que la patria en la campaña  
Es madre que defensa necesita;

Pero ¡ay! que muchos hijos tiene España,  
Y yo tengo uno solo y ¡me le quita!  
¡Tu única madre soy! Que si la suerte  
Te hace morir al pie de tus banderas,  
La patria apenas llorará tu muerte,  
Pero yo... ¡moriré, como tú mueras!  
.....  
¡Hijo del corazón! Llorando escribo  
Y el llanto borra mis temblones trazos.  
Sólo quiero vivir... ¡por verte vivo!  
Yo me quiero morir... ¡pero en tus brazos!

### CANCIÓN ESTIVAL

Así cantan las espigas:  
—Fuimos verdes;  
Con verdores transparentes de esmeralda;  
La esmeralda se ha trocado en áureo tinte;  
Somos rubias cual las trenzas de las hadas,  
De las hadas de ojos verdes  
Que en la fuente rumorosa  
Noche y día sollozando tristes cantan...



Así cantan los labriegos:  
—Los trigales  
Sazonados y maduros nos aguardan;  
Brille el sol en nuestras hoces,  
Que refulgen cual relámpagos de plata;  
Rompa el trillo las espigas,

Ruede el grano por las eras  
Como perlas desprendidas de una sarta.



Así canta el molinero:

—Venga el grano;

Ya la piedra estremecida por las aguas,  
Hacer quiere con el oro de los trigos  
Niveos copos de blancura inmaculada;  
Niveos copos que amasados  
Han de ser el pan sabroso  
Que pedimos murmurando una plegaria.



Así gimen las espigas:

—Fuimos verdes;

Los verdores se trocaron pronto en gualda;  
Hoy el gualda va á trocarse en copo niveo;  
Así el ébano más puro  
En la frente de los hombres  
Se convierte en limpia plata.



Así canta el regio sol:

—Como un guerrero

Me levanto triunfador; beso es mi llama,  
Y á mi beso fecundante  
Las espigas sazonadas  
Serán pronto blancas hostias que en el templo

Alce á Dios el sacerdote,  
Ante el pueblo prosternado junto al ara...  
—No gimáis los que en el borde de la tumba  
Os ceñís con la diadema de las canas,  
Que la frente—cual la espiga de los campos  
Vale más si es cual la nieve,  
Cual la nieve que corona las montañas.



.....  
.....  
Así dijo el regio sol, y desde entonces  
Las espigas nunca lloran, ¡siempre cantan!...

## DON JOSÉ VELARDE

---

Del poema titulado EL CAPITAN GARCÍA

Breve, esbelta como un hada,  
El abundante tesoro  
De sus cabellos de oro  
Le servía de almohada;  
Y el son de su andar suave,  
Apenas si le remeda  
El blando roce de seda  
Del aleteo de un ave.  
En su rostro nacarado  
Confundieron sus colores,  
En competencia, las flores  
Del almendro y del granado,  
Y su seno de azahar,  
Á un suspiro de mi aliento,  
Se agitaba turbulento  
Como las olas del mar.  
Su boca, que tanta oferta  
De amor eterno me hacía,  
Al sonreír parecía  
Una granada entreabierta;

— 213 —

Nido de besos de amor  
Con la esencia del clavel,  
La dulzura de la miel  
Y el canto del ruiseñor.

Velados por las pestañas  
Sus grandes ojos azules,  
Cual los astros por los tules  
De vapor de las montañas,  
Lanzaban tales destellos  
Al abrirlos amorosa,  
Que á ser uno mariposa  
Volara á quemarse en ellos.

Y voz, sonrisa, actitud,  
Mirada, llanto, alegría,  
Todo en ella aparecía  
Con esmalte de virtud,  
Por modo tan singular,  
Como arena, concha, bruma,  
Escama, perla y espuma,  
Todo es iris en el mar.

Nos amamos con pasión:  
Ella á mí, como mujer;  
Yo poniendo en aquel ser,  
Alma, vida y corazón.

Todo me causaba enojos  
En siendo extraño á mi anhelo,  
Y hallaba triste hasta el cielo  
Á no mirarlo en sus ojos.

¡Oh! ¡cuántas horas de calma  
Pasábamos frente á frente  
Con los ojos mutuamente  
Absorbiéndonos el alma!

Parecía tan veraz  
Su acento al jurar amor...  
¡No arrullaría mejor  
Una paloma torcaz!  
¡Todas ¡ay! mentidas galas,  
Más débiles á la prueba  
Que el polvo de luz que lleva  
La mariposa en las alas!

DEL POEMA TITULADO ALEGRÍA

Mirando al mar, y viéndose en el río  
Las horas en que lo alza la marea,  
Al fin del pueblo, entre feraz plantío,  
Una casa humildísima blanquea.  
Compónenla una sala y dos alcobas,  
En las cuales, por gala,  
De cal consume al año cien arrobas  
La mujer que sin tregua las encala.  
Mansiones que están siempre en la penumbra,  
Pues solo por la puerta de la sala  
Entra la claridad que las alumbraba.  
Se levantan al lado  
Pajar, cocina, cuadra y cochiguera,  
Y todo está cercado  
Por extenso y altísimo vallado  
Que coronan la pita y la chumbera.  
Pero ¡cuánta hermosura allí no mira  
Quién, como yo, del campo enamorado,  
Los pormenores rústicos admira?  
Allí lechosa y quebradiza higuera

Que al suelo tiende su follaje umbrío  
Y acoge placentera,  
En las horas del sol, al averío,  
Pone el fruto al alcance de la mano:  
El vecino azufaifo lo recata  
Para rendirlo, al fin, como villano,  
Al varejón cruel que lo maltrata,  
Y un moral de los dos se enseñoera  
Que harta de moras y las caras pinta  
A todos los chiquillos de la aldea.  
Al muro de la casa, cual precinta,  
Se ciñe floridísimo arriate,  
Que arisca esparreguera y buen cañizo  
Libran de todo animalesco embate.  
Forma sobre la puerta cobertizo  
El parral, rico en hojas y caireles;  
De tejas adaptadas á los muros  
Cuelgan lánguidas matas de claveles,  
Y el pie aromatizando que la humilla,  
Del empedrado entre los guijos duros  
Florece la olorosa manzanilla.  
El gorrión, atrevido ladronzuelo,  
Allí, chillando sin cesar, revuela  
De rama en rama y del tejado al suelo;  
El pichón, que á su tierna amante cela,  
La sigue andando y la persigue al vuelo.  
Chacharean sin fin las golondrinas;  
Hace la rueda y alborota el pavo;  
Revuélcense en el polvo las gallinas;  
Los polluelos, por ver quién es más bravo,  
Se enredan en terribles sarracinas,  
Que el gallo viene á terminar al cabo

Corriéndolos con miras asesinas;  
Los patos, cuneándose con gozo,  
Se congregan al ruido del carrillo,  
Agua pidiendo en derredor del pozo;  
Y cuando á tan alegre baturrillo  
Término dan las luces vespertinas,  
Comienza el dulce chirrear del grillo,  
Y vienen al moral los ruiseñores  
De las huertas vecinas  
Á cantar sus ternísimos amores.

DEL POEMA TITULADO EL HOLGADERO

Como el sol arreciaba su coraje  
Y en aquel mismo sitio un limonero  
Echaba á la vereda su follaje,  
Sentáronse á la orilla del sendero;  
Mas tanto y tanto el sol los perseguía,  
Que huyendo de su lumbre abrasadora,  
Tuvieron que internarse por la umbria.  
Allí dentro, ¡qué paz tan seductora!  
Muda la tierra, el aire adormecido,  
Solamente el silencio interrumpía  
El golpe de algún fruto desprendido,  
La seca rama que al ceder crujía,  
De la abeja el zumbido,  
Ó el aliento vibrante de Alegría.  
El deshojado azahar el suelo alfombra,  
Llena el sol, traspasando la espesura,  
De penumbrosos círculos la sombra,  
Y en cada rayo de su lumbre pura,

Como viviente polvareda de oro  
Un torbellino de átomos fulgura.  
Aire, calor y luz, todo allí enerva,  
Todo al sueño hace coro;  
El tibio aroma de florida hierba,  
De agua corriente el pertinaz murmullo,  
Silencio, soledad, bóveda obscura,  
Y por remate el soñador arrullo  
De la tórtola errando por la altura.  
El contempla á su amada,  
Recostado de un árbol en el tronco,  
Roja la faz, ardiente la mirada,  
Estremecido y respirando ronco.  
Á ella tanto el cansancio la sofoca  
Que al querer suspirar, acongojado,  
Muere el suspiro en su entreabierta boca,  
Y su seno turgente y levantado,  
Al ritmo de su aliento  
Se eleva y se deprime acelerado  
Como lona azotada por el viento.

DON SALVADOR RUEDA

---

FLORES DE ALMENDRO

Randa de flores de almendro,  
Tul de corolas risueñas,  
Calado de ojos de plata  
Que á la luz no parpadean:  
Sois joyeros del rocío  
Que en vuestros pétalos tiembla  
Al caerse de los labios  
De la tibia primavera.  
Como una fecunda virgen  
Que al andar gérmenes siembra,  
Viene del lado de Oriente  
Con su corona de estrellas.  
Su mano de sol, tendida  
Ante su imagen esbelta,  
Toca el árbol y lo cubre  
De sutilísimas yemas;  
Roza la tierra y la viste  
De verde y tupida felpa;  
Toca al pájaro y lo enciende  
En arpegios y en cadencias;

Mece el nido, y lo revive;  
Mueve el ramo y lo despierta:  
Al lago mira y lo azula;  
Mira al monte, y lo deshiela;  
Respira y llena los aires  
De entremezcladas esencias;  
Anda, y dejan sus pisadas  
Florecidas las praderas.  
En torno de ella, espirales  
De mariposas revuelan,  
Y á su paso abren las rosas  
Y los claveles revientan.  
Sus dedos de sol, enrubian  
Del niño la cabellera,  
Y remueven del anciano  
Las cenizas, aún no muertas.  
Llenan de sueños de oro  
Las frentes de los poetas,  
Y de los sabios fecundan  
Las descarnadas ideas.  
Todos los ojos la siguen,  
Todos los labios la besan,  
Y todos los corazones  
De gozo, al mirarla, tiemblan.  
Ella, riente y sencilla,  
Llenas las sienas de estrellas,  
Vertiendo flores de almendro  
Como una visión se aleja;  
Y al transponer las distancias,  
El alma humana contempla,  
Llenos de amor y de vida  
El mar, el cielo y la tierra.

LA PRIMERA FLOR

Ya es en las ramas alegres  
Cada brote una promesa;  
Ven y veremos unidos  
En su botón la hoja nueva.  
Plegada como tu boca  
Palpita la flor risueña  
Que aún no ha dado el primer beso  
Al sol de la primavera.  
Ven, y, enlazadas las manos,  
Erraremos por la selva  
Y veremos si en sus troncos  
Aún están tus cifras puestas.  
Las virgilianas encinas  
Nos darán techumbre espesa,  
¡Que, para el amor, un velo  
Siempre ha tenido la tierra!  
Allí, á través de las ramas,  
Bajará la luz en hebras  
Á intercalarse en los rizos  
De tu obscura cabellera,  
Y sentiremos el bosque  
Latir con la savia nueva,  
De brotes engalanado,  
Igual que un seno de perlas.  
Ya aterciopela los bordes  
De los senderos la hierba,  
Y los almendros tempranos  
Lucen su casta diadema.  
El sátiro entre los juncos

Con el agua brinca y juega  
Y besa la huella rauda  
De alguna ninfa en la arena.  
Los corzos van caminando  
En amorosas parejas,  
Y al menor soplo del aire  
Se atemorizan y tiemblan.  
Bajo el templo de los pinos,  
Donde columnas espesas  
Sostienen en sus alturas  
Sus *rotondas* gigantescas,  
Enardecida la sangre  
Pasan las liebres ligeras  
Tras de la pista olorosa  
De algún amante que espera.  
Ya vienen hasta el olfato  
Los gérmenes de la tierra,  
Procreación infinita  
Que los sentidos despierta.  
Vienen besos á los labios  
Que buscan tu boca fresca;  
¡Tu boca, flor aún cerrada,  
De casto misterio llena!  
Ese botón primoroso  
Quiero que el primero sea  
En abrir su tierno cáliz  
Á la dulce primavera.  
Pon tus labios en mis labios:  
Así, más cerca, más cerca...  
.....  
¡Vivan los pétalos rojos!  
¡Vivan las rosas abiertas!



### LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,  
Y baile al són de tu cantar la mosca,  
Que ya la sierpe en el zarzal se enrosca,  
Y lacia extiende su verdor la parra.

Desde la yedra que á la vid se agarra  
Y en su cortina espléndida te embosca,  
Recuerda el caño de la fuente tosca  
Y el fresco muro de la blanca jarra.

No consientan tus élitros fatiga,  
Canta del campo el productivo costo  
Ébria de sol y del trabajo amiga.

Canta y excita el inflamado Agosto  
Á dar el grano de la rubia espiga  
Y el chorro turbio del ardiente mosto.

### COLLAR

Como granos de rubies  
De encendidas y de hermosas,  
Entre las uvas sabrosas  
Son las uvas marbellies.

No es su entonación trigueña  
Cual la del grano vistoso  
Lleno de jugo sabroso  
Que da la pasa rondeña.

Más luminosas y ufanas,  
En ellas juntos se ven  
El jugo Perojimen  
Y el de las cepas tempranas.

No sé si de *bello mar*  
Viene el nombre peregrino,  
Tomado del mar divino  
Que va *Marbella* á besar.

Pero sé que los rubies  
Son entre piedras hermosos,  
Como entre frutos sabrosos  
Son las uvas marbellies.

A las nobles moscateles  
Vencen en limpios cristales,  
En tamaño á las parrales,  
Y en color á las cabrieles.

Es mi fruto favorito,  
Y mejor el labio moja  
Que la uva dulce de Loja  
El corazón de cabrito.

Ninguno ofrece los bienes  
Que él, entre finos manjares;  
No valen uvas mollares,  
Doradillas, ni lairenes.

Lo digo; son los rubies  
Entre las piedras hermosos,  
Como entre frutos sabrosos  
Son las uvas marbellies

### LA SIEGA

Calcinados los cuerpos por los calores  
Con que el cielo los campos rinde y doblega,  
Van con el hato al hombro los segadores  
Bajo el caliginoso sol de la siega.

De su madre y su novia se despidieron,  
Al pie de la postrera cruz del calvario;  
Las novias un pañuelo charro les dieron,  
Y las madres la insignia de un relicario.

Y con éste en el pecho, y aquél prendido  
Del cuello, como lema de fe y constancia,  
Dan al aire una copla que es un gemido  
Y en la bruma se pierden de la distancia.

El sol olas de lumbre vierte en las peñas,  
Lánguidos en los troncos dan los ramajes,  
Y ellos van arrastrando sus almadreñas  
Al través de la flama de los paisajes.

Ya del noble cortijo suenan las voces,  
Y á él van para en sus campos pasar los meses,  
Moviendo, infatigables, las curvas hoces  
Entre las amapolas y entre las mieses.

Formadas en hileras van las cuadrillas  
Ondulando en el trigo que el suelo esmalta,  
Y cuando derribadas dan las gavillas,  
Nube de cigarrones pulula y salta.

Las camisas abiertas, y destilando  
El sudor por sus torsos de roca dura,  
Mueven los brazos recios como nadando  
Y enseñan la valiente musculatura.

Guerreros sin fusiles y sin metralas,  
Luchan del campo rudo con la aspereza:  
¡Eso sí que se llama ganar batallas  
Á la grande y fecunda Naturaleza!

Caiga de vuestras hoces al filo ardiente  
El de secas espigas rubio oléaje,  
Que en las eras aguardan pala y *tridente*  
Para limpiar los granos de su ropaje.

El trillador, en medio de sus fatigas,  
Da al aire un soñoliento cantar sonoro,  
Viendo saltar los granos de las espigas  
Como resplandecientes rosarios de oro.

Canta una copla untada de opio indolente,  
Que recuerda las que echan los orientales  
Cuando bajo las llamas de un sol ardiente,  
Cruzan en sus camellos los arenales.

La cigarra de Clôe canta en la viña  
El idilio de Dafnis nunca olvidado,  
Y dilatan los vientos por la campiña  
Su eco caliginoso y apasionado.

Un olor á verano llena el ambiente,  
Olor á tierra ardiendo, vides y eras,  
Y los cortijos muestran su afán creciente  
De encerrar en las trojes las sementeras.

Campesinos valientes, seguid segando  
Los manojos de secas mieses doradas,  
Que en vosotros, muy lejos, siempre pensando,  
Ya esperan el regreso vuestras amadas.

Moved las hoces vivas, ¡oh segadores!,  
De rastrojos bordada dejad la vega,  
¡Que pronto los cohetes de mil colores  
Marcarán el glorioso fin de la siega!

Por la espalda del pueblo, cuando amanece,  
Vuestros hijos se asoman al alto monte,  
Por si vuestra figura vaga aparece  
En el confín dorado del horizonte.

Soldados sin fusiles y sin metralas,  
Arrancad á los campos vida y riqueza;  
¡Eso sí que se llama ganar batallas  
Á la grande y fecunda Naturaleza!

CÓRDOBA

Ciudad que te perfumas con azahares  
Y que en la cruz rompiste tu cimitarra;  
Quiero, para entonarte dulces cantares,  
Ponerle cuerdas nuevas á mi guitarra.

Le ataré, por bordones, tres hebras de oro  
Del sol que entra, riendo por los calados  
De tu insigne Mezquita robada al moro,  
Llena de incrustaciones y alicatados.

Y le pondré por prima, dos y tercera,  
Otras tres finas hebras, pero cortadas  
Del manto de la hundosa, real cabellera  
De tus hijas morenas y celebradas.

En tan raro cordaje quiero que suene  
La lengua, melodiosa cual vieja fabla,  
La lengua que á tus labios tan bien se aviene,  
Con que tu pueblo reza, suspira y habla.

Y con ella decirte, que en tus revueltas  
Calles, cuando las baña la luna fría,  
Me pasara la vida, pegando vueltas,  
Borracho de recuerdos y poesía.

¿Quién tu Koran sublime no habrá hojeado  
En ilusión siquiera? ¿Quién de improviso,  
Descifrando las suras, no ha vislumbrado  
Las puertas deslumbrantes del Paraíso?

De tus viejos reinados las ricas galas,  
¿Quién en visión no ha visto, viva y risueña,  
Á la luz misteriosa de las bengalas  
Que el espíritu enciende cuando se sueña?

Yo no sé qué secretos hay en tus muros,  
Población misteriosa, ni qué atractivo,

Que se llena de cuentos, á tus conjuros,  
El feliz pensamiento, de tí cautivo.

¡Córdoba de borrosas piedras gastadas,  
Que aún conservas vestigios de antiguas pren-  
Se oculta entre tus calles idealizadas [das;  
El espíritu vago de las leyendas!

Las frondas que te ciñen como tesoro  
Te entretejen de flores regios cendales,  
Y en la huerta abanicán tus siestas de oro  
Con sus colas inmensas los pavos reales.

Tu templo, en el bautismo cristianizado,  
Es un sueño suspenso sobre palmeras,  
Sobre ricas columnas en que rizado  
Parece abrirse un bosque de mil banderas.

Tus verdes naranjales, cual los de Jaffa,  
Quisiera ver con fruto de oro en los tallos,  
Y el cuadro de costumbres de la Ruzafa  
Con mozas á las ancas de los caballos.

Y en la extensión que pueblan los olivares  
Sembrados en hileras, me halagaría  
Escuchar los suspiros y los cantares  
Con que llora la musa de Andalucía.

De una espita á la vera, viendo extasiado  
Vaciar los bebedores copas á miles,  
Bebiera siempre en cáliz de oro labrado,  
El vino, todo aroma, de los Moriles.

Vagando de la feria por las casillas  
Quisiera ver la gente donosa y charra,  
Y prestar los caballos y las mantillas  
Color á la pintura fresca y bizarra.

Y subir la pendiente de naranjales  
De la sierra, columna del firmamento,

Y aspirar los tomillos y romerales  
Que incensarios agrestes, ungen el viento.

Allí, en la inmensa altura, colgada viera  
Mi lira de un sarmiento de verde parra,  
Por si un enjambre errante venir quisiera  
Á albergarse en el seno de mi guitarra.

En ella las abejas su nido haciendo,  
Las de cera obrarían celdas iguales,  
É irían tras las dulces cuerdas vertiendo  
En la caja sonora dulces panales.

Y así el arpa que llevo siempre sonando  
Donde están los secretos de la armonía,  
Podría entre sus notas ir destilando  
Las mieles cordobesas de la poesía.

### EL PARTENÓN

¡Oh Partenón de mármoles divinos  
Con que se ornó la acrópolis de Atenas;  
De tus líneas sublimes y serenas  
Sólo halla el hombre restos peregrinos!

Si rodaron tus muros diamantinos  
Cual caravanas bajo mar de arenas,  
La mente humana idealizado llenas  
Y ríes en los aires cristalinos.

En los celestes mundos del ensueño,  
Aún es Pericles tu glorioso dueño,  
Y es genio Fidias que á lo eterno alcanza.

Y aun la Minerva que ante tí se erguía,  
Sirve á las almas de radiante guía  
Con el remate de su firme lanza.

### DON ARTURO REYES

---

### LO DE SIEMPRE

Ni el más pálido celaje  
Empaña el azul del cielo;  
Es esa hora en que todo  
En estío, bajo el fuego  
Del sol andaluz, dormita  
Y todo fulgura espléndido.

Deja Juana la costura  
Y desencorva su cuerpo;  
Se aparta con ambas manos  
De las sienas los cabellos,  
Aún más negros que son negras  
Las negras alas del cuervo,  
Y levantándose airosa,  
Con lánguido movimiento,  
Asoma su faz morena  
Al balcón; ¡cuadro más lleno  
De luz no he visto en mi vida,  
Y si lo ví no me acuerdo!

En el balcón boleado,  
Que más que balcón es templo